

antagonismos entre las diferentes clases de la nacion, á excepcion de la rural, que era sierva y no tenia ni representacion ni derechos. Las ligas no hicieron mas que aumentar la desmembracion del imperio. El sucesor de Carlos IV en el trono de Alemania, Wenceslao, trató, al principio de su reinado, de aproximar las clases y dar lugar así á ligas entre ellas. El resultado de sus esfuerzos fué la liga de Ehingen, fundada en 1382 y en la cual figuraron el duque Leopoldo de Austria, el conde Everardo de Wurtemberg y una multitud de ciudades del Mediodía de Alemania y de ligas de caballeros; pero luego se vió que el remedio era peor que el mal, porque esta clase de alianzas se salia casi enteramente del cuadro del imperio, y no solamente eran un peligro para la autoridad real, sino que amenazaban acabar definitivamente con la unidad nacional, porque solo defendian como único objeto los intereses de su region. Por lo demás todas estas ligas adolecian del mismo defecto de no contar con un elemento importante de la nacion, y hasta de trabajar



Moneda de plata de la órden teutónica (acuñada siendo gran maestre Vinrico de Kniprode). Tamaño original.

El anverso representa el escudo del gran maestre con la inscripcion: † MAGST. (Magister) WYNRICS. PRIMS.—El reverso representa en el centro el escudo de la órden, con la inscripcion circular: MONETA. DNORVM (dominorum) PRVCI (Prussia).—Se conserva en el Gabinete Numismático de Berlin.

para la supresion de los escasos derechos que en algunos puntos le habian quedado. Era este elemento el rural, la clase labradora. Para el labrador no habia sitio en ninguna de las ligas que se formaron. El labrador no estaba considerado como ciudadano, á pesar de haber probado los suizos cabalmente entonces y de un modo brillante su derecho y su aptitud y fuerza para organizarse independiente y políticamente, despues de vencer á los duques de Austria y á sus aliados nobles.

Los aldeanos suizos habian alcanzado la primera victoria sobre los Habsburgos en el año 1315 cerca de Morgarten, y habiéndoles confirmado el emperador Luis el Bávaro su libertad, habian borrado los últimos restos que del dominio habsburgo habian quedado en sus valles. Desde entonces la federacion suiza se habia extendido con el ingreso de comarcas y ciudades vecinas, como Lucerna en 1332 y Zurich en 1336. En 1352 el canton de Glaris sacudió el yugo habsburgo y fué admitido juntamente con Zug, aunque no con iguales derechos, en la confederacion. Berna entró en ella con ciertas reservas en 1353, siendo el octavo canton confederado. Así se fueron emancipando sucesivamente del dominio de los Habsburgos una comarca y una ciudad tras otra de la Helvecia, aunque algunos cantones, como Glaris y Zug, reservaron expresamente los derechos de los duques de Austria, que por lo demás los confederados habian ofrecido respetar en una paz que firmaron en 1355. Carlos IV consintió en la formacion de la confederacion, porque veía con gusto toda debilitacion de los duques de Austria, con los cuales no siempre

se llevaba bien, y en el año 1362 confirmó explícitamente la confederacion. La Helvecia, sin embargo, á pesar de este reconocimiento y de la paz hecha con los duques de Austria, recelaba siempre alguna nueva empresa hostil de éstos, porque en sus territorios no faltaban clérigos y laicos relacionados por un motivo ú otro con los citados duques, á los cuales habian prestado juramento de fidelidad y que, por lo mismo, no querian reconocer la autoridad federal. Un conflicto de esta clase entre el preboste de la catedral y el consejo cantonal de Zurich dió lugar al edicto del mes de octubre del año 1370, que mandaba á toda persona establecida en el territorio federal, sin distincion de clase ni de categoría, jurar fidelidad y obediencia al gobierno confederado si en alguna manera dependiera de los duques de Austria. Además se dispuso que ningun confederado pudiera ser citado ante ningun tribunal extranjero, dejando solo á los obispos su jurisdiccion en los asuntos matrimoniales y otros puntos eclesiásticos, y finalmente se prohibieron bajo penas severísimas toda justicia personal y todo quebrantamiento de la paz y del órden. Este paso fué decisivo, porque reservaba á la confederacion la soberanía en su territorio excluyendo de él todo poder extranjero. Esto exacerbó el rencor de los Habsburgos, que estaban muy léjos de haber renunciado á la esperanza de recobrar su dominio sobre las comarcas suizas; pero como la confederacion suiza firmó en Constanza en el mes de febrero de 1385 una alianza ofensiva y defensiva con las ciudades del Rhin y de Suabia, no hubo medio de atacarla. Esta situacion cambió cuando en la primavera de 1386 estuvo á punto de estallar la lucha entre las ciudades de Suabia y los príncipes sus adversarios, pues entonces las ciudades no podian de ningun modo, so pena de exponerse al mayor peligro, cumplir con la confederacion. Pactaron una tregua y trabajaron para que sus aliados hiciesen lo mismo, pero entonces Leopoldo de Austria creyó que habia llegado el momento de realizar su propósito y marchó con un ejército de 9,000 guerreros contra los suizos. Estos desde Lucerna salieron á su encuentro y tomaron posiciones cerca de Sempach en una altura que dominaba la carretera. Los caballeros, escarmentados por el descalabro de Morgarten, se mantuvieron á la defensiva, hasta que en 9 de julio se lanzaron sobre ellos los aldeanos y ciudadanos suizos, que incompletamente armados difícilmente podian penetrar en las filas enemigas, erizadas de largas lanzas. Por fin lograron abrir una brecha en la muralla viva formada por los caballeros, cubiertos de piés á cabeza de armaduras de hierro. La tradicion dice que un tal Arnolde de Winkelried se sacrificó heroicamente por sus conciudadanos para abrirles la brecha por la cual se precipitaron é iniciaron un combate cuerpo á cuerpo, en el cual los caballeros, cargados de sus pesadas armaduras y agobiados por el calor de julio, llevaron la peor parte y perecieron á centenares bajo los rudos golpes de los suizos, armados de mazas y hachas. El duque Leopoldo III murió así; y por mediacion de la liga de Suabia se llegó á un armisticio que se firmó á principios del año 1388. Sin embargo, habiendo estallado entonces la gran guerra entre las ciudades de Suabia y los condes de Wurtemberg y sus aliados, los duques de Austria renovaron sus ataques á los suizos en la primavera del mismo año, pero el 9 de abril sufrieron una nueva derrota cerca de Näfels á consecuencia de la cual tuvieron que hacer la paz y reconocer la independencia de la confederacion.

LIBRO TERCERO

LA ÉPOCA DE LOS CONCILIOS

(1388-1448)

CAPITULO PRIMERO

LA IGLESIA Y EL IMPERIO DURANTE EL CISMA

(1388-1410)

Desde la caida de los Staufen el imperio habia abandonado de hecho su pretension al dominio universal y á representar y dirigir desde el centro de Europa el desenvolvimiento del Occidente. Esta pretension, muy aumentada, habia pasado al pontificado, el cual se propuso cercenar la independencia de los monarcas y pueblos, y hacer de éstos siervos suyos. El papado quiso no solamente hacer universal la Iglesia romana sino constituir tambien una monarquía universal, ideal que el imperio germánico-romano no habia podido realizar. Por eso las monarquías formadas ó que pugnaban por formarse en el siglo XIV sostuvieron tantas luchas para conquistar y defender sus derechos. Así habia sucedido en Francia reinando Felipe el Hermoso, en Alemania, aunque sin éxito, en tiempo de Luis el Bávaro, y en Inglaterra en el reinado de Eduardo III y en tiempo de Wicliffe. La situacion del papado, indigna de su autoridad, era contraria á tales pretensiones, porque con su traslacion á Aviñon estaba bajo la dependencia de los reyes de Francia; su servidumbre le obligaba no solamente á servir los intereses de Francia, muchas veces en perjuicio propio, sino tambien á contrariar y hacer la guerra á los intereses nacionales y justos de otras naciones; de suerte que por este camino errado llegó á perder los fundamentos morales y materiales de su posicion natural; los primeros en los tiempos mas angustiosos se habian mostrado firmísimos y habian dado al papado gloria imperecedera dentro del mundo católico y una autoridad moral indestructible, y los segundos, consagrados por el tiempo, le habian servido admirablemente mientras tuvo su domicilio en Roma y por campo inmediato de accion la Italia. Arrancado el papado de su terreno natural, degeneró tambien moralmente, á falta de objetos elevados de su actividad, mientras en los campos dominados antes por la curia papal exclusivamente se introdujeron y extendieron ideas modernas, que pugnaban por emancipar á muchos pueblos y países de la tutela del papado y enseñarles á ser independientes; porque la verdad era que al entusiasmo religioso de las cruzadas habia sucedido un doloroso desencanto. El fracaso vergonzoso de la lucha del cristianismo occidental con el islamismo habia dañado muchísimo á la autoridad de la religion y habia abierto la puerta á la indiferencia religiosa y hasta á la hostilidad contra la Iglesia. Genios escépticos atrevidos tritaron los fundamentos dogmáticos de la Iglesia romana y sembraron una ilus-

tracion fria y demoleadora. La introduccion del estudio de la lengua griega y de los autores griegos en el Occidente presntó nuevas armas á los adversarios de la Iglesia y condujo al exámen científico de sus derechos, á los cuales hasta entonces nadie habia atacado, y que resultaron ser muy endebles. La oposicion dogmática y al propio tiempo moral de los minoritas con motivo de la cuestion de la pobreza del clero, encontró un poderoso auxiliar en la oposicion política de los monarquistas; y hasta se dejaron oír ya voces que condenaban el sistema monárquico absolutista que el papado habia impuesto á la Iglesia y pedian que se restituyera á la cristiandad el derecho de gobernarse á sí misma. A este fin se exigia la convocacion de un concilio general, único medio de conseguir la enmienda de la Iglesia, que era objeto del clamor cada día mas grande. Lo que el papado habia hecho antes para rechazar é imponer silencio á las tendencias reformistas no habia tenido por resultado mas que vigorizarlas, aumentando el número de sus apóstoles y dándoles mayor importancia y mérito. Cuando en esta situacion estaba el papado, el cisma le hizo perder con la unidad su último sostén y lo que le habia quedado de sus glorias pasadas. Desapareció la aureola ficticia que lo rodeaba todavía á los ojos de los creyentes, cuando la tiara llegó á ser objeto de contienda entre varios partidos y pretendientes solo por las ventajas materiales y mundanas que aportaba al individuo que la ceñía. Todos los que combatian al papado desde uno ú otro punto de vista ya dogmático, ya político, ya nacional, se unieron para atacarlo junta y sistemáticamente. Era indispensable para salvar á la Iglesia en tan duro trance hacer un esfuerzo supremo, y la Iglesia lo hizo y se salvó.

Se valió del recurso de los concilios. Este recurso produjo en toda la cristiandad del Occidente una fermentacion terrible, no solamente eclesiástica y política sino tambien social, porque el órden social de la Edad media estaba fundado en la Iglesia, la cual le habia dado sus rasgos fundamentales, basados sobre principios capitales suyos, y habia determinado hasta sus detalles. Las consecuencias sociales que habia producido este órden habian dispuesto á los pueblos, en particular á las clases bajas, á comprender las razones dogmáticas sobre las cuales los reformistas fundaron sus proyectos cuando al examinar las bases de la Iglesia se remontaron á su fuente, el Evangelio, fuente que desde tanto tiempo se habia enturbiado. Por esto mismo la reclamacion de los minoritas acerca de la pobreza apostólica encontró tan calurosa simpatía en el pueblo. Los clamores de reforma eclesiástica y social habian producido en Francia, en su período de mayor infortunio, *la jacquerie*. Tambien los cla-

mores de reforma de Wicliffe y de sus discípulos, motivados por razones nacionales y políticas, habían suscitado inmediatamente la correspondiente agitación social, y lo mismo había sucedido en Bohemia cuando Hus conmovió su país con su doctrina, que era simplemente la de Wicliffe. Tan grande fué el efecto que las predicaciones de Huss produjeron en Bohemia que la nueva doctrina llegó á constituir casi instantáneamente un poder formidable que amenazaba efectuar una completa revolución eclesiástica, nacional y social. El período de los concilios es también el de los comienzos de una grande y atrevida revolución eclesiástica y social, que fracasó miserablemente. El momento crítico de este período fué el concilio de Basilea, que se propuso reformar la Iglesia papal y llegó en el curso de sus tareas á negar hasta los fundamentos de esta Iglesia, lo cual fué la muerte del concilio. El papado, que estaba apuradísimo, quedó triunfante y el movimiento de reforma fué derrotado completamente; porque se probó que era imposible reformar la Iglesia conservando los fundamentos en que entonces se apoyaba. No quedaba otro camino respecto de la Iglesia degenerada sino reconstruirla sobre otros fundamentos. Con esto quedó decidida la suerte de la Iglesia y de la sociedad de la Edad media.

Desde Clemente V Roma había cesado de ser la residencia del vicario de Cristo. Durante más de setenta años los sucesores de este Papa habían prometido su vuelta á la ciudad eterna sin cumplir su promesa al impaciente pueblo de Roma. Con el primer sucesor de Clemente V, Juan XXII, había bajado el papado al estado abyecto de instrumento de la política ambiciosa y falaz de los Anjou de Nápoles y de sus primos de Francia. Para favorecer á éstos, y no en interés de la Iglesia, Juan XXII y Benedicto XII persiguieron con inextinguible saña á Luis el Bávaro y á la Alemania, les pusieron en entredicho y les despojaron de territorios á favor de Nápoles y de Francia. La conducta observada por Clemente VI (1342-1352) en las disensiones intestinas y en los crímenes de la casa de Anjou perjudicaron muchísimo la fama del papado. Juana, la heredera licenciosa de la corona de Nápoles, se había deshecho por medio del asesinato de su esposo Andrés de Hungría en 1345; pero el tribunal nombrado para juzgarla por el Papa como soberano feudal echó la culpa sobre algunos cómplices de segundo orden, á quienes entregó al hacha del verdugo. El rey Luis de Hungría con un numeroso ejército invadió el país para vengar la muerte de su hermano; el país sufrió horriblemente á consecuencia de la guerra y de las demasías de la soldadesca mercenaria, mientras los odios y demás pasiones desenfrenadas en el seno de la casa real provocaron nuevos asesinatos y otros crímenes. Juana huyó con sus tesoros á Francia, donde para proporcionarse los medios de recobrar su reino, conquistado por el rey de Hungría, vendió al Papa por 80,000 monedas de oro la ciudad de Aviñon y una parte del condado Venusino, y el Papa en cambio absolvió á la reina paricida de toda culpa en la muerte de su primer esposo y reconoció su segundo matrimonio con su primo el desenfrenado Luis de Tarento. Todo esto hizo patente á los ojos del mundo que el sucesor del Príncipe de los Apóstoles había cesado de ser el custodio de la ley y de la moral, y que por cualquiera ventaja, y hasta por dinero, estaba pronto á legalizar toda maldad y á absolver de todo pecado. Habiendo repetido el rey de Hungría la invasión de Nápoles, Clemente VI continuó protegiendo y favoreciendo á la reina manchada de sangre, la cual conservó aquella corona á que según las leyes divinas y humanas no tenía ya ningún derecho.

Con Inocencio VI (1352-1362), que sucedió á Clemente VI,

parecía que habían llegado mejores tiempos para la Iglesia, pues este Papa, animado de las mejores intenciones, reconoció los abusos que se habían introducido en la Iglesia y que la iban empujando á su ruina. Ante todo quiso poner remedio al abuso de la concesión de prebendas á eclesiásticos paniaguados sin mirar si eran dignos de ellas ni si cumplían con los deberes que estas prebendas imponían; pero todos sus esfuerzos fueron completamente vanos, y solo sirvieron para hacer más patentes el mal y su magnitud. A este fracaso siguió la pérdida completa del poder temporal, porque á consecuencia de las abominables guerras entre los nobles, cada cual se llevó un giron de los Estados del Papa hasta quedar éstos reducidos á un sinnúmero de señoríos independientes. Por su parte la ciudad de Roma se fué desdoblado á consecuencia de la guerra feroz de las facciones que se disputaban el dominio de la ciudad eterna, cabalmente cuando los poetas y eruditos, dedicados al nuevo estudio de las obras de los antiguos, ensalzaban su pasada grandeza y magnificencia. Verdad es que la coronación de Petrarca en el Capitolio por Roberto de Nápoles, en el año 1341, fué una prueba de que Roma aun sin el papado era todavía el centro intelectual del mundo. Entonces entró en escena Nicolás de Rienzi, que lleno de reminiscencias de la antigüedad concibió la idea fantástica de renovar la antigua república romana y de reunir, con el auxilio de los tribunos y del senado modernos, toda la Italia en una confederación gobernada por un parlamento nacional que celebraría sus sesiones en el Capitolio. Este proyecto descabellado no dió ni podía dar ningún resultado práctico, aunque su autor no se hubiese dejado seducir por el poder volviéndose como se volvió tirano cruel. Sin embargo, el papa Inocencio VI sacó de este visionario alguna ventaja; porque cuando Rienzi fué trasladado desde Praga á Aviñon, el Papa le envió con poderes amplios á Roma, donde, aunque volvió á recaer en su despotismo anterior, y esta vez le pagó con la vida, siendo víctima del populacho frenético, allanó el camino al legado del Papa, el cardenal Albornoz, para restablecer el dominio pontificio efectivo, siquiera en la capital, ya que en el resto del territorio no dominaba sino nominalmente. El Papa se arregló con los usurpadores de sus territorios, que aunque reconociendo su soberanía obraban con independencia absoluta, como antes se había arreglado el emperador Carlos IV en el centro y Norte de Italia, á saber, nombrándolos vicarios suyos; de modo que si en adelante gobernaron con la misma independencia, después lo hicieron, aunque no fuese más que en apariencia, en nombre del Papa. Las usurpaciones fueron de esta manera en el fondo legalizadas, ya que no podían ser anuladas de hecho; pero quedó la puerta abierta para destituir y expulsar á los usurpadores en circunstancias más favorables. Por lo demás, no mejoró la situación del país, que se hallaba en un estado caótico lamentable. Los jefes de facciones, que eran bandas de espadachines mercenarios, vivían con éstas sobre el país, el cual sufría sin poder librarse de aquellas partidas, que con su conducta desenfrenada cometían toda clase de tropelías y excesos, cuando cabalmente iban renaciendo en Italia las artes, las letras y la civilización. Tenía esta situación alguna analogía con la de Grecia en tiempo de los treinta tiranos.

Más que todo esto perjudicó á la Iglesia en general la creciente desmoralización del clero y de la misma curia papal, que para aumentar sus recursos había inventado y perfeccionado ya desde muchísimo tiempo antes todos los arbitrios imaginables. La exacción de derechos graduadísimos en la asombrosa multiplicidad de los negocios que evacuaba la curia, formaba un bien estudiado y bien reglamen-

tado sistema que no desperdiciaba ocasión ni asidero alguno para sacar dinero con cualquier motivo, bien ó mal justificado. Este sistema de extorsión había dado ya lugar á amargas quejas; y después, desde que faltaron al papado las rentas que antes sacaba de Roma y de los Estados de la Iglesia, con el aumento de los arbitrios, creció el clamoreo hasta un punto excesivo. La vida libre y licenciosa de Aviñon y la afluencia de innumerables aventureros que sentaban sus reales en la corte papal para hacer fortuna, devoraban más dinero del que con todas sus habilidades sacaba la curia de la cristiandad, pues pasaba del doble y aun del triple de lo que antes percibía de Roma y de todo el patrimonio de San Pedro. La fuente más abundante de dinero eran los nombramientos para las altas dignidades eclesiásticas, nombramientos que antes de ser entregados definitivamente al agraciado debían producir algo á todo un ejército de hambrientos empleados altos y bajos. Para alcanzar una abadía, obispado ó arzobispado, el pretendiente tenía que hacer sacrificios pecuniarios enormes, que pasaban á las arcas de la curia, sin contar lo que debía pagar durante el curso del expediente á los empleados de las diferentes oficinas. Los pretendientes, agraciados ó no, hacían estos sacrificios esperando recobrarlos con creces una vez en el nuevo cargo, para lo cual seguían con los que de ellos dependían el mismo sistema de la curia papal, es decir, que todo eran derechos, espórtulas, extorsión y propinas. Lo mismo hacían todos los funcionarios, hasta los más subalternos, en su esfera respectiva. Otra fuente principal de ingresos eran los derechos de confirmación, que debían pagar á la curia todos los agraciados con una dignidad eclesiástica por la confirmación papal de su nueva dignidad (1). A fines del siglo XIII importó ya este derecho de confirmación en la dignidad episcopal de Brixen 4,000 florines de oro, amén de 200 florines de oro en propinas para los funcionarios papales. Estos derechos fueron elevados después considerablemente é importaban para cada una de las mitras arzobispales de Maguncia, Tréveris y Salzburgo, 10,000 florines de oro; para la mitra de Ruan, 12,000; para la de Cambrai, 6,000, y para las de Tolosa y Sevilla, 5,000; y 500 para la mitra del pobrísimo obispado de Minden. Lo mismo sucedía respecto de las abadías, según su riqueza. El papa Juan XXII hizo esta renta una de las principales de la curia decretando que todas las dignidades eclesiásticas que vacaran por ascenso de su propietario formarían parte de las reservas papales, es decir, que su provisión correspondía al Papa, lo que abría un vasto campo para aumentar por medio de ascensos la renta de los derechos de confirmación. A éstos se agregaban las correspondientes annatas, ó sea el producto de la renta del primer año, que cada nuevo obispo debía ceder á la curia; y por otro lado los *fructus medii temporis*, ó sea el cobro de las rentas de toda prebenda en el tiempo que estuviera vacante, que condujo al abuso de que no se proveyeran las prebendas más productivas. Otra fuente de ingresos fué el derecho de espolio, que concedía á la curia la herencia mueble que dejaban á su muerte los obispos. Productivo era también el ramo de las concesiones del derecho de preferencia á tal ó cual prebenda á favor de candidatos que por lo pronto no reunían las cualidades necesarias, como por ejemplo la edad, y la concesión de la expectativa á una prebenda para cuando vacase. Otra fuente de ingresos formaba la autorización de las uniones é incorporaciones ó sea la reunión en una sola mano de varias prebendas, y finalmente era muy lucrativo el comercio de las indulgencias y dispensas, clasificadas según

(1) Woker: *Das Kirchliche Finanzwesen der Päpste*, Nordlingen, 1878.

tarifa minuciosamente elaborada que comprendía hasta los casos más insignificantes.

Este sistema de explotación empleado por la curia era seguido por los primeros dignatarios de la Iglesia, y después por los funcionarios inferiores, á fin de resarcirse cada cual de los gastos que implicaba su cargo, hasta que al fin caía toda la carga sobre el pueblo ínfimo, indefenso, y esquilmo por todo el mundo. El pueblo veía con dolor y vergüenza que ni siquiera se empleaba parte alguna de tanto dinero para objetos eclesiásticos; todo, sin exceptuar el diezmo ó dinero de la santa cruzada que se continuaba cobrando, servía únicamente para costear la ostentación y vida de placeres de que rebosaba el palacio papal de Aviñon y que dieron á esta ciudad una pésima fama en toda la cristiandad. El celo religioso, la virtud, la devoción, las buenas obras y el amor á las ciencias eran cosas desconocidas entre el clero de Aviñon, y en esto como en la explotación, las cortes episcopales y abaciales y las casas de los prebendados todos, grandes y pequeños, con pocas excepciones, eran el fiel reflejo de aquella corte. Raro era el cura parroquial que no vivía públicamente amancebado, y en el último escalon del personal eclesiástico daban al pueblo el ejemplo más indecente de desmoralización descarada los frailes mendicantes con su aspecto harapiento y su crapulosa conducta, á manera de repugnantes parásitos de la sociedad. Con semejante personal era imposible que la Iglesia cumpliera su misión verdadera. Ni edificaba á las almas piadosas, ni consolaba á los afligidos, ni enseñaba ni educaba á los pueblos. Había cesado desde mucho tiempo de ser palanca de la civilización y casi podía llamarse la peor enemiga de ésta. El culto, reducido á prácticas mecánicas, cuyo sentido nadie comprendía ni buscaba, ningún consuelo daba ya á los pobres y desgraciados, ni podía elevar el alma de los inteligentes ni conmover á los ignorantes.

La oposición contra esta Iglesia degenerada y corrompida, á medida que se iba generalizando y robusteciendo tomó formas diferentes, según el punto de donde provenía é iba irradiando. Los monarquistas atacaban al papado por sus extralimitaciones en el campo político, por la usurpación de los derechos de los tronos; otros centros de oposición formaron comunidades pequeñas que sin salir del gremio de la Iglesia se propusieron dar á sus miembros, haciendo vida común, el alimento espiritual religioso y la cura de las almas que la Iglesia entonces no podía darles; así se fundó en los Países Bajos á mediados del siglo XIV la asociación de los «hermanos de la vida en común», que hizo mucho por la enseñanza y educación de la juventud. A esta asociación siguió la de los beguinos ó begardos, que se aplicó principalmente al cuidado de los pobres y enfermos. Mas abarcó la asociación, algo más antigua, de los «hermanos de los apóstoles», organizada por Dolcino de Milan, pero fundada por Gerardo Segnarelli de Parma, que murió mártir de su fe. Esta asociación se propuso no solamente realizar la prescripción de la pobreza apostólica voluntaria, sin imponer á sus adeptos voto alguno, sino también acabar con la Iglesia corrompida y degenerada bajo el gobierno de papas engañadores, para reconstruirla sobre diferentes bases. Otras almas devotas, indignadas de la corrupción de la Iglesia y temiendo el severo juicio de Dios, procuraron salvarse haciendo á tiempo penitencia; y cuando sobrevino la peste negra, se reunieron y recorrieron los países azotándose y entonando cánticos lúgubres invitando al pueblo á arrepentirse. También entonces aparecieron los místicos, que nada querían saber de actos materiales de devoción, y buscaron y encontraron la tranquilidad del alma en la contemplación y meditación mudas de la divinidad y la Creación, y en el